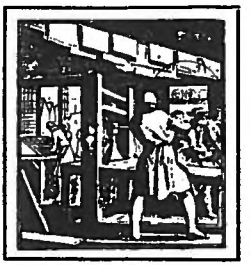
Pedro Laín Entralgo

PREGON

de la

VIII FERIA DEL LIBRO ANTIGUO Y DE OCASION



Madrid, 1984

Pedro Laín Entralgo

ELEITE nos trae el libro nuevo, cuando por vez primera abrimos un volumen que nunca tocó mano de lector, o cuando, mientras la plegadera va cortando sin prisa pliegues intonsos, la vista descubre epígrafes o frases incitantes y la expectativa nos invade el ánimo. Salinianamente, «víspera del gozo» es entonces la vida. Mas también nos trae deleite, y más sutil, y más complejo, el contacto visual y táctil con el libro de ocasión larga o súbitamente deseado.

Hablaré en primer término del libro de ocasión que se busca y al fin se encuentra. Con menester de bibliófilo, para poseerlo, o con indigencia de lector, para llenar un vacío en lo poco o en lo mucho que sabe, el buscador descubre el volumen —tal preciada edición, tal oscuro y casi olvidado autor, tal sabio de ayer o de anteayer— que hace tiempo perseguía. Por un momento se convierte en el mínimo Cristóbal Colón de unas playas ávida o mansamente presentidas, y con mano apetente, acaso temblorosa, toma para sí un montoncito de páginas impresas y, hasta encontrarle a él, carentes de verdadero sentido. Porque todo libro de oca-

sión largamente deseado es para quien lo adquiere un hijo pródigo que regresa, una criatura perdida en la selva del mundo que definitivamente ha encontrado casa. Aunque la consideración de la muerte propia y la consiguiente incertidumbre acerca de lo que, tras ella, será de los libros que uno reunió, hagan advertir luego —triste Mediterráneo— que nada hay definitivo bajo el Sol, y que acaso ese libro habrá de peregrinar otra vez en busca de nuevo hogar.

Semejante y distinto es el caso del libro de ocasión cuya existencia no se conocía y que un día, bien por puro azar, bien por obra de un azar sólo aparente —ese que rige los hallazgos del instinto— inesperadamente surge ante nuestros ojos. «La inteligencia busca; el instinto encuentra», escribió el filósofo Bergson. Fina, pero parcial verdad, porque también la inteligencia sabe encontrar, cuando cabalmente actúa, y porque cierto sublimado instinto nace cuando entre sí se combinan la inteligencia, la afición y la experiencia. Llena está la historia del saber de hallazgos sólo en apariencia meramente azarosos. ¿Fue mero azar que ante la fauna de las islas Galápagos surgiese en la mente de Darwin la idea de la selección natural? La contemplación de un espectáculo zoológico impensadamente hallado hizo que Darwin descubriese lo que sin saberlo buscaba; y con cuantas rebajas y restricciones se quiera, este suele ser el caso del aficionado a la lectura que ante un anaquel de libros viejos lee de pronto un tejuelo que le encandila. Qué delicada emoción, qué imprevisible aventura, tomar entre las manos la no esperada trufa e indagar a toda prisa si su realidad confirma lo que súbitamente y como por sorpresa nos había hecho esperar. Todo el enigmático conjunto de senti-

mientos y sospechas que suscita la palabra «suerte», brota entonces en quienes de veras saben lo que es un libro.

Pero, sea cualquiera la diferencia entre el encuentro con el libro buscado y la aparición del libro no buscado, algo común tienen esas dos experiencias cuando el libro es de ocasión; algo tocante a una de las más íntimas fibras de la existencia humana.

Aun cuando quiera estarlo, nunca está solo el hombre; con él va siempre su vida, y ésta siempre ha sido hecha, desde el instante mismo del nacimiento, e incluso desde antes, con cuantos de cerca han rodeado al viviente. Mucho menos está solo el hombre si de la soledad del lector se trata, esa de que goza quien, con un libro en la mano, se aísla de cuanto le rodea. Pero no se entenderá rectamente la índole de la acompañada soledad del lector, si no se sabe distinguir entre la lectura del libro nuevo y la del libro de ocasión.

Leyendo en soledad un libro nuevo, ¿con quién estoy, en tanto que lector? Piénselo o no lo piense, estoy con el autor del libro, porque leer es dialogar asistiendo o disintiendo, y porque —aunque yo no piense en ello— él es el dialogante a quien sin palabras digo mi aquiescencia o mi discrepancia. Y si el libro es un relato en el que actúan personajes de ficción, también con ellos estoy, y con las vicisitudes de su vida fingida se entrelaza la ocasional vida imaginada que la lectura suscite en mí. En el invisible escenario que dentro del alma monta la relación viviente con el libro leído, ¿cuántos no habrán sido los muchachos que se han sentido acompañados por Buffalo Bill o por D'Ar-

tagnan, y cuántos los adultos en cuya soledad hayan penetrado, para transitoriamente poblarla, Don Quijote y Hamlet, Raskolnikof y Fortunata?

Todo ello acontece en mí, por supuesto, cuando es de ocasión el libro que leo; pero lo que en mi encuentro con él percibo —las zonas gastadas de su encuadernación, el abarquillamiento de sus hojas o, si las hay, las anotaciones en sus márgenes— me remite a la desconocida serie de las personas que antaño lo tuvieron en sus manos, ¿Quiénes fueron? ¿Cómo fueron? ¿Cuál ha sido la peripecia de ese libro, desde que su primer comprador lo adquirió? Todas las posibilidades de la existencia humana entran ahora en juego: el descendiente a quien no importan los libros heredados, el pobre hombre al que ahoga la miseria, el ratero que no encontró presa mejor, el perseguido por su condición o por sus ideas, el luchador que se ve obligado al exilio y abandona lo que no pudo llevar consigo... Gratas o ingratas, compasibles o repugnantes, dramáticas o cómicas, mil posibles vidas hay ocultas en cada rozadura, en cada incurvación viciosa, en cada nota marginal del libro de ocasión, y desde su imperceptible, pero no inimaginable realidad, grata o ingratamente acompañan a quien como suyo lo toca y lo lee.

Dos esenciales caracteres de nuestra humana realidad hace patentes, cuando es sensible y reflexivo el comprador, la experiencia de adquirir un libro de ocasión. La primera, que, para bien o para mal, el hombre no está solo; que, como escribió Xavier Zubiri, «en la verdadera soledad están los otros más presentes que nunca». La segunda, que la condición humana del «otro», el hecho de que el «otro» realice su vida desde

una intimidad libre y creadora, sólo por obra de un acto de imaginación puede ser conocida; que, como Unamuno y Ortega enseñaron, sólo siendo novelistas de los «otros» puede ser real y verdaderamente humana mi relación con ellos. Tanto más, cuando el dato de que parto para conocerlos no es la presencia de un cuerpo que veo y que me habla, sino tan sólo el vestigio que de sí mismos dejaron sus manos sobando las tapas de un libro, abarquillando sus hojas o escribiendo alguna palabra en sus márgenes.

Esto es, amigos, lo que muda y recatadamente nos ofrece la Feria del Libro Antiguo y de Ocasión de que este año he sido yo modesto y caviloso pregonero.

Pedro Laín Entralgo
Presidente de la Real Academia Española